

Herencia de la mañana

Recuerdos de un profesor de literatura

José Eduardo Jaramillo Zuluaga



*A María Clara Cortés
y Catalina Zapata*

La mujer detuvo la silla de ruedas a la entrada del hospital.

“Aquí puedo esperar”, le dije, señalando un banco que había cerca de allí. “Mi esposa no tardará en llegar”.

Me ayudó a acomodarme en el banco y colocó a mi lado los libros que había estado leyendo durante la convalecencia. Lo hizo con cuidado, como si se tratara de una lámpara de cristal. La miré sonriendo para darle las gracias y luego desapareció.

La mañana tenía todo el esplendor del verano en Ohio. En la intensidad de su luz, mis ojos miopes podían percibir cada detalle con un sentimiento de humildad y maravilla. Recuerdo la vivacidad de unos geranios y, más allá, un arce joven que un jardinero del hospital aseguraba a la tierra para protegerlo del viento. La escena no tenía nada de particular; era tan ordinaria como tomar un bus en las calles

de mi país o, quizá, como tomar un café. Su magia, la única que tenía, era la de saber que estaba yo vivo y que la vida, una vez más, había sido generosa conmigo.

No era la primera vez. Sentado en aquel banco volvía a recordar una mañana, veinticinco años atrás, en que todo parecía de nuevo y como siempre a punto de comenzar. Esa mañana, sentado también en un banco, esperaba a que alguien me indicara el salón en el que dictaría mi primera clase. ¿Qué tipo de profesor sería yo? Un escritor refería la historia del discípulo que buscó a su maestro por valles y montañas y, al verlo, después de tantos años de búsqueda, pudo reconocerlo no por las cosas que decía sino por la manera en que se ataba los zapatos. Mi manera de atarme los zapatos, en cambio, no tenía nada de extraordinaria. Me había tomado el trabajo de embolarlos esa madrugada, pero al llegar al colegio no había podido eludir los pozos de barro de la entrada. Milagrosamente

mis pantalones de pana todavía estaban limpios, lo mismo que mi camisa de cuadros y mi saco color zanahoria. Como nunca supe vestirme bien, mi novia de esos días me había hecho la caridad de elegir la ropa por mí.

A cada tanto, mientras esperaba, revisaba el maletín de cuero para asegurarme de que nada faltara. Allí estaban la lista de estudiantes, el plan del curso y la media docena de libros que leeríamos ese año. También estaban los cigarrillos y la estilográfica que, de acuerdo con mi madre, no debía por ningún motivo poner en el bolsillo a riesgo de manchar la camisa nueva, como siempre solía hacer. Yo a todo obedecía. Quería que las cosas salieran bien.

—Venga y le indico dónde será su primera clase.

Roland Jeangros, el director, era inmenso. Como todos los profesores del colegio, llevaba una bata blanca que lo hacía ver más grande todavía. “Viste de blanco para no manchar de tiza las mangas de la camisa”,

pensé. En el camino se apresuró a darme un último consejo de pedagogía: “Sea firme con ellos y todo irá bien”, me dijo. Asentí con pavor. Frente a nosotros se hallaba una caseta pre-fabricada que más parecía el vagón de un tren. Un grupo de jóvenes nos observaba desde las ventanas con curiosidad. En ese momento ya no tenía yo sino unos segundos para inventar al profesor que sería de allí en adelante.

En una de las historias que leía por esa época un sacerdote habita las ruinas de un templo consagrado a la tarea de soñar, de crear en su sueño, a otro hombre. Un día, en medio de un incendio que destruye el templo, el sacerdote descubre que el fuego no le hace daño porque él es también el sueño de un hombre, el eslabón más humilde en una larga estirpe de soñadores. Algo semejante podría decirse de los profesores que, ya sea para bien o para mal, procedemos unos de otros. Así pues, de todos los profesores de quienes tanto había aprendido, la imagen que en ese instante invocaba era la de Carlos Ramírez Aissa, el alto español que me había dado clases de literatura en el colegio y a quien atribuíamos las más estrafalarias leyendas. Carlos era un calidoscopio de imágenes: unas veces se nos parecía a Mallarmé y otras a Settembrini y otras al joven Esteban o a cualquier otro personaje de alguna

novela que estuviéramos leyendo. Según decían, un disgusto profundo con su padre lo había llevado a Colombia, a la sabana color esmeralda de Bogotá, la montaña mágica. Una vez estuvo intempestivamente la clase para decirnos que nos dejaba en herencia esa mañana a cambio, claro, de que le regaláramos un cigarrillo. La verdad es que nada tenía de especial esa mañana, pero al igual que el joven que reconoce a su maestro por la manera en que se ata los zapatos, el muchacho impresionable que entonces yo era decidió convertir aquella frase en un talismán, en una paloma que lanzaría al cielo en la mañana de un futuro remoto.

En cuanto ingresé al salón los estudiantes se pusieron de pie. Un estrépito de sillas y pupitres llenó el aire. Puse el maletín sobre la mesa y busqué mi plan de clase y los libros que traía para enseñarlos. Al levantar la vista noté que los muchachos continuaban de pie, a la espera quizá de mi permiso para sentarse. Todo era muy extraño. Nadie jamás me había pedido un permiso para algo así; nunca antes había tenido tantas miradas pendientes de lo que hiciera. Con cierto temor debí decirles mi nombre y enseñarles las cubiertas de mis preciados libros. Lamenté profundamente no tener ninguna experiencia y no ser la profesora que habían tenido el año anterior. Si todo ya estuviese escrito, pensé,

yo sólo tendría que recitar mi parte, como en el teatro. No había alternativa: tenía que improvisar, tenía que inventarlo todo de nuevo.

Cada noche preparaba yo en casa un minucioso plan de clase; cada mañana, al ingresar al salón, algo sucedía que daba al traste con las metas, los objetivos y las actividades programadas. Creo que en mí luchaban dos profesores opuestos: había días en que me dominaba el profesor meticuloso que se planta frente a sus estudiantes con el objeto de impartir determinados conocimientos, y había otros, por el contrario, en que era yo el profesor que proponía ciertos temas de conversación a sus estudiantes sin saber muy bien lo que fuera a resultar de todo ello. Estos eran mis días favoritos. Al fin y al cabo, me preguntaba, ¿para qué sirve la literatura si no es para vivir mejor, con más profundidad, más intensamente? Entonces, en clase, nos proponíamos extraer de las vicisitudes de un personaje o de un poema alguna lección de vida, y hablábamos del amor, de la soledad, de la sensualidad y del paso del tiempo. Creo que todos aprendimos algo de estas conversaciones. Para mí, especialmente, eran una fuente de consuelo. Me confirmaban, en medio de las dificultades personales que entonces tenía, que las palabras le daban a la vida el sentido de una aventura.

Hace poco, buscando en internet alguna imagen que me ayudara en la composición de estas líneas, encontré la foto desvanecida de una de esas casetas que nos servían de salón de clases. Eran más modestas de lo que yo recordaba, con su estructura de madera, sus tejas de eternit y su permanente des-

barajuste de sillas y pupitres. Nadie que las viera podría imaginar siquiera la magia que una vez albergaron. ¿A dónde se fue el ángel que nos acompañaba? Recuerdo que una vez lo había invocado en medio de la clase. Como no atinaba a dar con un tema para la composición de la semana, les pedí a los estudiantes que actuaran como si yo no estuviera allí, pero que en el momento en que diera la señal deberían convertirse en estatuas. Durante un minuto me paseé por el salón de clase, entre estudiantes congelados al momento de arrojar un papel, tirar de una falda o abrir un libro. “Este instante”, les dije, “no dura nada y está habitado por un ángel”. Las composiciones que escribieron, inspiradas por la visita del ángel, habrían formado una memorable antología surrealista. Por mi parte, fueron muchas las horas que pasé escribiendo, en las márgenes de aquellas composiciones, comentarios agradecidos y entusiastas.

Lejos de mi país, en el lejano Ohio en donde vivo, entre palabras y costumbres que no son mías, puedo reconocermé en esta mañana esplendorosa y humilde. Hay en su aire un sendero que me lleva a otras mañanas semejantes en las que habitan los que fui y sigo siendo. Es acogedora esta mañana. Puedo evocar en ella al viejo profesor que dibujó para mí un destino sin saberlo, y también a los muchachos que generosamente en su memoria me han dado este rostro, este privilegio, que el fuego no quema. ■

José E. Jaramillo Z. (Colombia)
Ensayista, profesor en Denison University, Estados Unidos.

EL GATO

A Juan Gustavo Cobo Borda

Extasiado ante el mundo se repliega
como el abstruso rasgo de un escriba,
con un mohín de cariciosa entrega
que al mismo tiempo busca lo que esquiva.

Ágil, atento a su perfil innato
de peligrosas electricidades,
nunca quiso ser nada sino gato,
un gato sin el mal de las maldades.

Es fantasmal, no obstante, su belleza
pues un raro fulgor adamantino
en sus ojos oculta la certeza
de que puede leernos el destino.

Sutil y sibilante, es un gimnasta
con equilibrios de volatinero,
que esgrime adrede un aire iconoclasta
y puede bostezarle, al mundo entero.

¿Qué sabemos del gato?... Es un abismo
que nos sugiere cada vez más duda,
una especie ilegible de aforismo
escrito por un Dios en lengua muda.

Y un animal tan lleno de sí mismo
que al contemplar el Cosmos estornuda.

Eugenio Montejo



El día 13 de septiembre murió el investigador, historiador, colaborador de esta revista y entrañable amigo, **Miguel Escobar Calle**